



San Pedro era un humilde pescador; un día, mientras limpiaba las redes, Jesús lo vio y lo invitó a seguirlo, convirtiéndose así en uno de sus doce apóstoles.

El Señor le cambió el nombre de Simón por el nombre de Pedro, que significa piedra, pues lo hizo cabeza de los demás apóstoles.

Era sencillo, sensible, pero de carácter decidido, arrojado, podría decirse,

atrabancado, pues tendía a actuar impulsivamente y después reflexionar; esto lo percibimos en varios pasajes de la Escritura, por ejemplo, los siguientes:

En la Última Cena (Juan 13, 6-9), en el momento en que Jesús le iba a lavar los pies, Pedro le dijo: “¡No, Tú jamás me lavarás los pies a mí!”, pero Jesús le contestó: “Si no te lavo, no podrás tener parte conmigo”; a lo que Pedro le responde: “entonces lávame también las manos y la cabeza”.

Ese mismo día, en el Huerto de los Olivos, cuando los soldados fueron a aprender a Jesús, Pedro actuó de forma valiente e impulsiva al desenvainar la espada y cortarle la oreja al soldado Malco (Jn. 18, 10).

También actuó de forma pronta y decidida el día de la Resurrección, cuando al escuchar que la roca del sepulcro estaba movida, se lanza a toda prisa al sepulcro (Lc. 24, 12). Así también cuando en el lago Tiberiades (Juan 21, 7) Juan reconoció a Jesús en la orilla, sin pensarlo dos veces, Pedro se ciñe la túnica y se tira al agua para ir con el Señor.

Sin embargo, así como lo reconocemos decidido, en ocasiones lo vimos también temeroso, como el día que encontrándose en el lago, Pedro y los discípulos vieron caminando sobre el agua a Jesús, y Pedro le dice, Señor, si eres tú, manda que camine sobre el agua, empezó a caminar hacia Jesús, pero de pronto dudó y empezó a hundirse, y gritó: “¡Sálvame, Señor!” y Jesús le tendió la mano para que no se hundiera (Mt. 14, 28-30). Así también, por miedo a los judíos, lo negó tres veces (Mt. 26, 69-75), sin embargo, Jesús en su Amor, vio más allá de ese error, lo miró, vio su corazón y lo eligió para darle la misión más importante, edificar su Iglesia (Mt. 16, 18-19).



San Pablo era judío de raza y formación. Se distinguía por ser culto, impetuoso, valeroso y audaz.

Antes de su conversión, perseguía encarnizadamente a los cristianos pues era un fariseo apasionado, pero un día, que iba camino a Damasco para llevar a juicio a los fugitivos, tuvo un fuerte encuentro con Jesús. Una luz que venía del

Cielo lo envolvió con su resplandor, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: “Saulo, ¿por qué me persigues?”, él preguntó: “¿quién eres tú, Señor?” “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Ahora levántate y entra en la ciudad, ahí te dirán qué debes hacer”. Fue a Damasco, y afectado por lo sucedido, no tomó alimentos ni bebidas. Al tercer día se presentó a él Ananías, a quien Dios, en una visión le pidió buscarlo y le dijo: “Él es el instrumento que he escogido, para que lleve mi nombre ante las naciones y yo le mostraré cuanto debe sufrir por mi nombre”. Ananías hizo tal cual lo que Dios le pidió, le impuso las manos a Saulo y recuperó la vista. A partir de ese momento, Saulo se hizo bautizar, recibió el nombre de Pablo e inició su intenso apostolado. El Señor es paciente, y su gracia se manifiesta de muchas maneras y en muchos lugares. Esperó a Saulo en el camino a Damasco, para cambiar su corazón, lo abrazó con su luz y lo convirtió en uno de sus más fieles apóstoles, pilar de la Iglesia.

A partir de ese momento, Pablo aprovechó ese carácter apasionado y férrea fidelidad a sus creencias, para propagar incansablemente, a tiempo y destiempo, el mensaje de Jesús por toda la región, con el firme propósito de dar a conocer el amor de Dios y salvar almas.

Pablo descubrió que Dios nos ama de forma gratuita, no porque somos buenos, sino para que seamos buenos. Esa es su fuente de gozo y seguridad. A los pies del Crucificado, se siente pecador, pero perdonado. Jesucristo le dio la gran misión de evangelizar a los gentiles, es decir, a los no judíos, por eso se le llama “Apóstol de los gentiles”. En esta misión enfrentó grandes dificultades, sufrimientos y prisiones, que sobrellevó con total amor, entrega y fidelidad a Cristo.



San Agustín nació en lo que hoy es Argelia.

Su padre no era cristiano, pero su madre, Santa Mónica, le inculcó de niño, la fe cristiana.

Durante su juventud tuvo una vida libertina y cometió pecados de impureza, tuvo un hijo fuera del matrimonio llamado Adeodatus. A pesar de la educación cristiana que le inculcó su madre, abandonó la fe

y se hizo maniqueo (secta gnóstica), por lo que Santa Mónica rezó durante varios años por la conversión de su hijo.

Un día escuchó una voz infantil que decía: "Toma y lee", el santo abrió una biblia que tenía a lado y leyó el capítulo 13, 13-14 de la carta de San Pablo a los romanos, que decía: *"Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos...revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias"*. Aplicando esto a su vida y resonando en su corazón lo que su madre le inculcó de niño, inició su camino de conversión y fue bautizado junto con su hijo en la Vigilia Pascual más próxima.

Cuando su madre y su hijo Adeodatus murieron, decidió vender todas sus posesiones para dar su dinero a los pobres. Su casa la convirtió en monasterio.

Fue ordenado sacerdote y después, como obispo, escribió prodigiosamente, tanto así que el valor de sus escritos lo hicieron convertirse en doctor y padre de la Iglesia. Consagró casi cuarenta años al servicio de Dios.

En su intenso trabajo pastoral, combatió las herejías de su tiempo, debatió contra las corrientes contrarias a la fe, acudió a varios consejos de obispos en África y viajó constantemente para predicar el Evangelio. Esto se sabe debido a sus "Confesiones", una obra escrita por él para mostrar la misericordia de Dios hacia un gran pecador, que por esta gracia, llegó a ser también, y en mayor medida, un gran santo.

"¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y por de fuera te buscaba", escribió el santo en Confesiones, su obra más famosa.

"Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón estará insatisfecho hasta que descanse en ti".

SAN FRANCISCO DE ASÍS

1182-1226, Italia



San Francisco nació en Asís (Italia), en el año 1182.

Tuvo una piadosa infancia procurada por su madre, y fue preparado para ser comerciante, como su padre.

Era alegre, sensible, sociable. Durante su juventud vivió una vida de riqueza material, gastaba el dinero de manera ostentosa y solo le importaba divertirse, le gustaba la música, la fiesta, la poesía, los joviales paseos diarios por la

campiña de Asís y las rondas nocturnas por sus calles.

Tras una batalla entre **Asís** y **Perugia** estuvo encarcelado un año en esta ciudad. Siendo prisionero padeció una grave enfermedad que le hizo pensar sobre lo vano de lo material y lo verdaderamente importante, por lo que decidió cambiar su forma de vida.

Un día escuchó la voz de Dios: “Francisco, repara mi Iglesia, pues ya ves que está en ruinas”. Las palabras del Crucifijo, le hacen pasar del temor y dolor al amor, decide restaurar la capilla de San Damián, y llevar una vida totalmente austera, renunciando a todo lo material y a la herencia paterna, a una vida de lujos, para entregar su vida a Cristo. Se dedicó a cuidar a los pobres, a los enfermos, a la naturaleza y se entregó por completo a Dios. Antes de su conversión sentía un fuerte rechazo hacia los leprosos, pero al decidir seguir a Cristo, movido por el Espíritu Santo fue capaz de acercarse a un leproso y darle un beso.

Llegó a ser conocido como el “Pobre de Asís”, pues amaba la pobreza, la naturaleza, todo lo que le hablara del Creador. Esto refleja un alma sencilla en la que Dios lo era todo, un alma que se nutría de las verdades de la fe católica y que se había entregado enteramente a Cristo crucificado.

San Francisco nos enseña a vivir cerca de Dios y no de las cosas materiales, a saber encontrar en la pobreza la alegría, vivir con humildad y sencillez, descubriendo y celebrando con gozo el amor de Dios reflejado en sus creaturas, a saber contagiar ese entusiasmo por Cristo a los demás y predicar siempre con el ejemplo y con la palabra.



San José de Cupertino crece en extrema pobreza, debilicho y distraído, siendo tratado ásperamente por su madre. Se le olvidaba hasta comer, la gente lo despreciaba, pero lo que no sabían era la amistad tan profunda que tenía con Dios.

Sintiendo vocación religiosa quiso entrar al convento, pero no lo aceptaban porque era extremadamente distraído, se le

caían los platos y se le olvidaba lo que le pedían. Buscó refugio con un familiar y lo echó a la calle porque “no era bueno para nada”. Su mamá rogó a un pariente franciscano que lo aceptaran como mandadero en el convento, lo aceptaron y mostró notable destreza en todos los oficios que le encomendaban. Pronto, con su humildad y su amabilidad, con su espíritu de penitencia y su amor por la oración, se fue ganando el aprecio de los religiosos, y en 1625 fue admitido como religioso franciscano.

Estudiando para el sacerdocio, le sucedía que en los exámenes se trababa todo y no era capaz de responder. La única frase del evangelio que era capaz de explicar bien era aquella que dice: "Bendito el fruto de tu vientre, Jesús". Llegado el examen, estaba asustadísimo, y el profesor le dijo: "Voy a abrir el evangelio, y la primera frase que salga, será la que tiene que explicar". Y salió precisamente la única frase que José se sabía perfectamente: "Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús".

Llegó al fin el examen definitivo en el cual se decidía quiénes sí serían ordenados. Los primeros diez que examinó el obispo respondieron tan maravillosamente, que el obispo suspendió el examen diciendo: ¿Para qué seguir examinando a los demás si todos se encuentran tan formidablemente preparados?" así que José providencialmente se libró de que lo examinaran y pudo ordenarse sacerdote.

José sabía que no tenía muchas cualidades para predicar y enseñar, por lo que se dedicó a tratar de ganar almas por medio de la oración y la penitencia. Su piedad era tanta que durante su vida tuvo innumerables momentos de éxtasis, curaciones milagrosas y sucesos sobrenaturales. Bastaba que hablaran de Dios para que se olvidara de lo que sucedía a su alrededor. Quedaba en éxtasis con mucha frecuencia durante la Santa Misa. El más famoso éxtasis sucedió cuando diez obreros querían llevar una pesada cruz a una montaña y no podían, entonces Fray José se elevó por los aires con todo y cruz y la llevó hasta la cima del monte. Lo único que lo hacía volver de su éxtasis, era la voz de su superior cuando lo llamaba a cumplir sus labores.

Sufrió momentos de aridez espiritual, pero después a base de mucha oración, retornaba otra vez la paz a su alma. A los que le consultaban problemas espirituales siempre les aconsejaba: *“Rezar, no cansarse nunca de rezar, que Dios no es sordo ni el cielo es de bronce. Todo el que pide recibe”*.



Santa Teresita de Lisieux 1873-1897

En una carta, su mamá, santa Celia, cuenta que de pequeña Santa Teresita era mimada, hacía berrinches cuando al jugar algo no sucedía como quería, llegando al punto de que se le cortaba la respiración. Era una niña nerviosa, pero encantadora, con muy buena memoria e inteligente, vivaz, alegre

y efusiva, pero a la edad de cuatro años murió su madre, y esa pérdida tan dolorosa, la llevó a un periodo de depresión que duró varios años; su temperamento cambió por completo, se volvió tímida, callada y tremendamente sensible. Su padre, preocupado por la situación, pidió una novena de Misas a Nuestra Señora de las Victorias, y el día de Pentecostés, estando Teresita deprimida en su cuarto, miró una imagen de la Virgen de las Victorias que le sonrió y dijo que la miró con ternura inefable, le llegó tan profundo en su alma que sus penas se disiparon. A partir de ese milagro la llamó “Nuestra Señora de la Sonrisa”, y difundió su devoción, la cual ha ayudado a muchas personas a librarse de la depresión.

Teresita se reconocía como una persona delicada, necesitada de Dios. Cuando tenía catorce años, el día de Navidad, sintió cómo el Niño Jesús inundó “la oscuridad de su alma” con ríos de luz. Decía que Dios se había hecho débil y pequeño por amor, para hacerla fuerte y valiente.

Teresita logró entrar al Carmelo a los 15 años. Se sometió a todas las austeridades de la orden menos al ayuno, ya que era delicada de salud y sus superiores se lo impidieron entre las penitencias corporales.

Teresita se contaba a sí misma entre las almas pequeñas. Su deseo era pasar su cielo haciendo el bien en la Tierra. Ella decía: “Yo soy un alma minúscula que sólo puede ofrecer pequeñeces a nuestro Señor”. En su sencillez, nos enseña su caminito para llegar a Dios, al que llama “camino de la infancia espiritual”. El secreto es reconocer nuestra pequeñez ante Dios, nuestro Padre. Tener una actitud de niño al amar a Dios, es decir, amarlo con simplicidad, con confianza absoluta, con humildad, sirviendo a los demás. Ser mejores cada día con los demás, en los detalles de todos los días.

Teresita nos enseña a tener paciencia ante las dificultades de la vida. Ella enfermó de tuberculosis, lo cual requirió de mucha paciencia y aceptación. Decía que sólo estando cerca de Dios, el sufrimiento se hace dulce. También nos enseña a tener sentido del humor ante lo inevitable. Dicen que durante la meditación en el convento una de las hermanas agitaba su Rosario, y esto irritaba a Santa Teresita. Decidió entonces, en lugar de tratar de no oír nada, escuchar ese ruido como si fuera una música preciosa. En nuestras vidas hay situaciones que nos molestan y que no podemos evitar. Podemos aprender a reírnos de ellas, a disfrutarlas porque nos dan la oportunidad de ofrecer algo a Dios. Santa Teresita nos invita a sentirnos pequeños ante Dios, nuestro Padre.



Conchita Cabrera de Armida, nació en San Luis Potosí el 8 de diciembre de 1862. Fue alegre, sencilla, elegante y bella. Asistía a teatros, bailes, reuniones sociales y fiestas familiares. Le gustaba tocar el piano, cantar, pasear a caballo. Amó a su esposo intensamente. Se puede decir que su amor a Dios y a su esposo se fundía en uno solo.

Fueron notables en su vida la pureza de corazón, el espíritu de sacrificio, la humildad y su gran

conocimiento de Dios, a pesar de que apenas recibió la enseñanza elemental.

Supo armonizar una intensa vida de oración, con sus responsabilidades en el hogar, dándose tiempo para servir y ayudar a los pobres, para promover diversas obras de apostolado y congregaciones religiosas, con el sentido de la Cruz y de inmolación por la santificación de los sacerdotes.

Además de sus múltiples ocupaciones como madre de nueve hijos, fundó cinco Obras de la Cruz: El Apostolado de la Cruz, las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, la Alianza de Amor con el Sagrado Corazón de Jesús, la Fraternidad Sacerdotal y los Misioneros del Espíritu Santo, obras que intentan difundir en la Iglesia el reinado del Espíritu Santo, que es el reinado del amor expresado en la cruz de nuestro Salvador.

Además, también se daba tiempo para escribir. Se examinaron para su proceso de canonización más de doscientos volúmenes. Conchita es la mística de la Iglesia que más ha escrito. Su diario espiritual: "Cuenta de conciencia" con sus sesenta y seis libretas, es un conjunto más extenso que la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, es la obra principal y síntesis de todo.

Murió el 3 de marzo de 1937, dejando fama de santidad en todas partes, según atestiguan las personas que la trataron y especialmente los Obispos y sacerdotes. El 4 de mayo de 2019 fue beatificada en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, convirtiéndose en la primera laica mexicana beatificada.

Conchita nos enseña a vivir el amor a Dios y al prójimo en el estado de vida al que Dios nos llama, haciendo bien lo que en cada momento nos toca hacer. Llevó una vida ejemplar, acorde con los valores del Evangelio, modelo de mujer, esposa, madre, viuda, mística y apóstol.



José Sánchez del Río fue un niño travieso y alegre. Jugaba a las canicas y se iba al campo a cazar palomas con la resortera, le gustaban los caballos y la vida campestre. En su casa conoció la pobreza y el trabajo desde pequeño, pero sobre todo, creció rodeado de unidad familiar y de los valores cristianos que dan sentido a la vida: la fe y la caridad. Desde que hizo su Primera Comunión, Joselito, como le decían, había decidido cultivar una amistad sincera y fiel con Jesús.

Cuando tenía doce años estalló la guerra Cristera, donde los campesinos creyentes y jóvenes de Acción Católica, se alzaron en defensa de los más sagrados derechos como es la libertad religiosa, contra las leyes injustas del gobierno federal.

Joselito veía cómo los valientes cristeros pasaban veloces en sus caballos por las calles, oyéndolos gritar con gallardía: ¡Viva Cristo Rey, Viva la Santísima Virgen de Guadalupe!, y quiso unirse a ellos pero sus padres no se lo permitían por su corta edad. José insistió escribiendo varias veces, con apenas trece años, al general de las tropas cristeras, para que lo admitiera; finalmente lo admitió como ayudante, desempeñando sus labores con mucho entusiasmo, como ayudar a preparar los frijoles, cuidar que a los caballos no les faltara agua y pastura, y en las noches, dirigía el Santo Rosario a todo el grupo. A su mamá, que se preocupaba por sus deseos de ir a la lucha, le decía: “Mamá, nunca ha sido tan fácil ganarse el Cielo, como ahora”.

En el campamento tenían una vida de sacrificios y privaciones que ofrecían por amor a Cristo Rey y a María Santísima. Un día, los federales hirieron al caballo del general, y el valiente José le ofreció su caballo para que continuara. Entonces lo hicieron prisionero y lo encerraron en un templo que irreverentemente, los federales habían convertido en cárcel. José escribió una carta a su mamá para avisarle y pedirle que se resignara a la voluntad de Dios, que él moriría muy contento pues iría a lado de nuestro Señor. Le pidió tener valor y darle su bendición, entregándole su corazón.

El 10 de febrero de 1928 trasladaron al niño al cuartel, le pedían renunciar a sus creencias cristianas, comenzando por desollarle los pies con un cuchillo, pensando que así se retractaría, pero se equivocaron. Lo hicieron caminar al panteón por las calles empedradas, por tres horas con los pies heridos, golpeándolo para que se retractara de creer en Cristo, pero en lugar de eso, él gritaba cada vez con más fuerza: ¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva Santa María de Guadalupe! Sus padres y el pueblo lo acompañaban consternados, pero en ningún momento se retractó. Sus últimas palabras fueron: “¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva Santa María de Guadalupe!

Todos, hasta los soldados federales quedaron admirados de su valentía, que solo se podía explicar sabiendo que el mismo Jesucristo le había dado la fortaleza para comportarse como un auténtico mártir.



San Juan Pablo II nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, Polonia. Fue bautizado con el nombre de Karol. Su madre, Emilia, murió cuando él tenía nueve años; un tiempo después fallecieron su hermano y su padre.

Uno de sus profesores recordaba a Karol como un niño muy inteligente y emotivo, hábil para las lenguas y no tanto para la física y química. Se desempeñaba muy bien en literatura, historia, deportes, como esquí, remo,

natación, montañismo, así como la música y la poesía, pero lo que más le gustaba era el teatro, del cual junto con sus amigos, se valía para sobrellevar las dificultades de una vida entre arrestos de la Gestapo y bombardeos. En ese tiempo empezó su inquietud por el sacerdocio, y como al desatarse la Segunda Guerra Mundial, los alemanes cerraron todas las universidades de Polonia para invadir su cultura, Karol y un grupo de jóvenes organizaron una universidad clandestina. Antes de ingresar al seminario, trabajó como obrero en una cantera, pero dicho por él mismo, esta experiencia le ayudó a conocer de cerca el cansancio físico, la sencillez, y fervor religioso de los trabajadores y los pobres. Por la amenaza comunista, estudió el seminario de forma clandestina. Siendo sacerdote fue profesor de ética y ejerció una intensa labor apostólica, especialmente con los jóvenes, con quienes compartía tanto momentos de oración como de esparcimiento al aire libre.

Inició su pontificado en 1978 con el nombre de Juan Pablo II. Como Papa, se caracterizó por la integración de los laicos en tareas pastorales, promoción del apostolado juvenil y vocacional, construcción de templos (a pesar de la oposición comunista), promoción humana y formación religiosa de los obreros, aliento al pensamiento y publicaciones católicas. Incansable peregrino y mensajero del amor y la paz, realizó 104 viajes apostólicos por el mundo, y a la vez que se dirigía a multitudes, con su especial carisma lograba ser cercano a las personas, transmitiendo con sencillez el amor de Dios a través de sus palabras, gestos y acciones.

El 13 de mayo de 1981 sufrió un grave atentado. Salvado por la mano maternal de la Madre de Dios, perdonó a su agresor, y consciente de haber recibido una nueva vida, intensificó sus compromisos pastorales con heroica generosidad.

Líderes mundiales de como Mikhail Gorbachov, Lech Waleza, entre otros, reconocen que Juan Pablo fue pieza decisiva para la independencia polaca, la caída del Muro de Berlín y del imperio soviético, dando un nuevo rostro al mundo. En palabras de Gorbachov: “Juan Pablo II es sobre todo un Hombre, con mayúscula. Defensor de toda la humanidad, de los derechos humanos sin hipocresía...verdadero apóstol del humanismo”.

Murió el 2 de abril de 2005, primer sábado de mes dedicado a la Santísima Virgen María y víspera de la fiesta de la Divina Misericordia, fiesta instituida por él.



Carlo Acutis, desde pequeño inició una gran amistad con Dios, pues su nana le hablaba de Él. A los cuatro años pedía a su mamá entrar a la iglesia para saludar y enviar besos a Jesús, y esa devoción del niño fue acercando a su mamá a Dios, quien antes no era cercana a la Iglesia. “Carlo fue mi salvación”, revela su madre.

Diariamente asistía a Misa, rezaba el Rosario y dedicaba un rato de adoración. “No hablo con palabras, solo me recuesto sobre su pecho

como San Juan en la Cena”, así describía su forma de orar.

Su amor por la Eucaristía y sus habilidades en Internet, lo llevaron a realizar una exposición sobre milagros eucarísticos en la historia. Empezó su investigación a los once años, la cual consta de ciento sesenta paneles que han recorrido diez mil parroquias de todo el mundo. Dedicaba horas a su investigación en lugar de dedicar tiempo a videojuegos, pues quería que todos amasen a Dios y comprendieran que la Eucaristía es lo más hermoso que hay en el mundo. Decía que la Eucaristía era “su escalera al Cielo”, y después de la Eucaristía, el Rosario era la escalera más corta para llegar al Cielo.

Siendo un niño, Carlo era un poco goloso, le encantaba la “Nutella” y los helados, pero hubo un momento en que decidió poner equilibrio, y luchó por la virtud de la templanza. También luchaba por una tendencia a hacer “el payaso” en la escuela y hacía reír a todos, pero al darse cuenta de que molestaba, se esforzó por mejorar ese aspecto también. Siendo guapo, rico y exitoso, muchas chicas estaban enamoradas de él, pero él las respetaba, teniendo claro que la sexualidad era algo muy especial y que “tenía que ser para el propósito que Dios la había creado”. Así que animaba a sus compañeras a la castidad. Le dolía ver que los jóvenes usaban la pornografía para su propio placer, lo que era una falta de caridad y era traicionar el proyecto que Dios tenía para ellos. Se confesaba con frecuencia ya que “igual que para viajar en globo hay que descargar peso, el alma para elevarse al Cielo, necesita quitarse esos pequeños pesos que son los pecados veniales”. A su corta edad tenía pensamientos muy profundos, decía que “La tristeza es dirigir la mirada hacia uno mismo, la felicidad, es dirigir la mirada hacia Dios”. “La conversión es desviar la mirada desde abajo hacia lo alto. Basta un simple movimiento de ojos”. “Una vida solo es verdaderamente bella si llegamos a amar a Dios sobre todo y al prójimo como a nosotros mismos.”

Tenía gestos y detalles sencillos que mejoraban la vida de los demás. El día de su funeral, llegaron muchísimas personas sin recursos, y migrantes sin techo, a quienes Carlo había ayudado de alguna manera, sin decirle a nadie. A su corta edad Carlo aprovechó su gusto por la tecnología para difundir su pasión más grande: el Amor a Dios.

Fuentes:

Sagrada Biblia

The Holy See

Catholic.net

Arquidiócesis de Monterrey

EWTN

Alianza de Amor con el Sagrado Corazón de Jesús

Arquidiócesis de Morelia

Aciprensa

Directorio Franciscano San Francisco de Asís